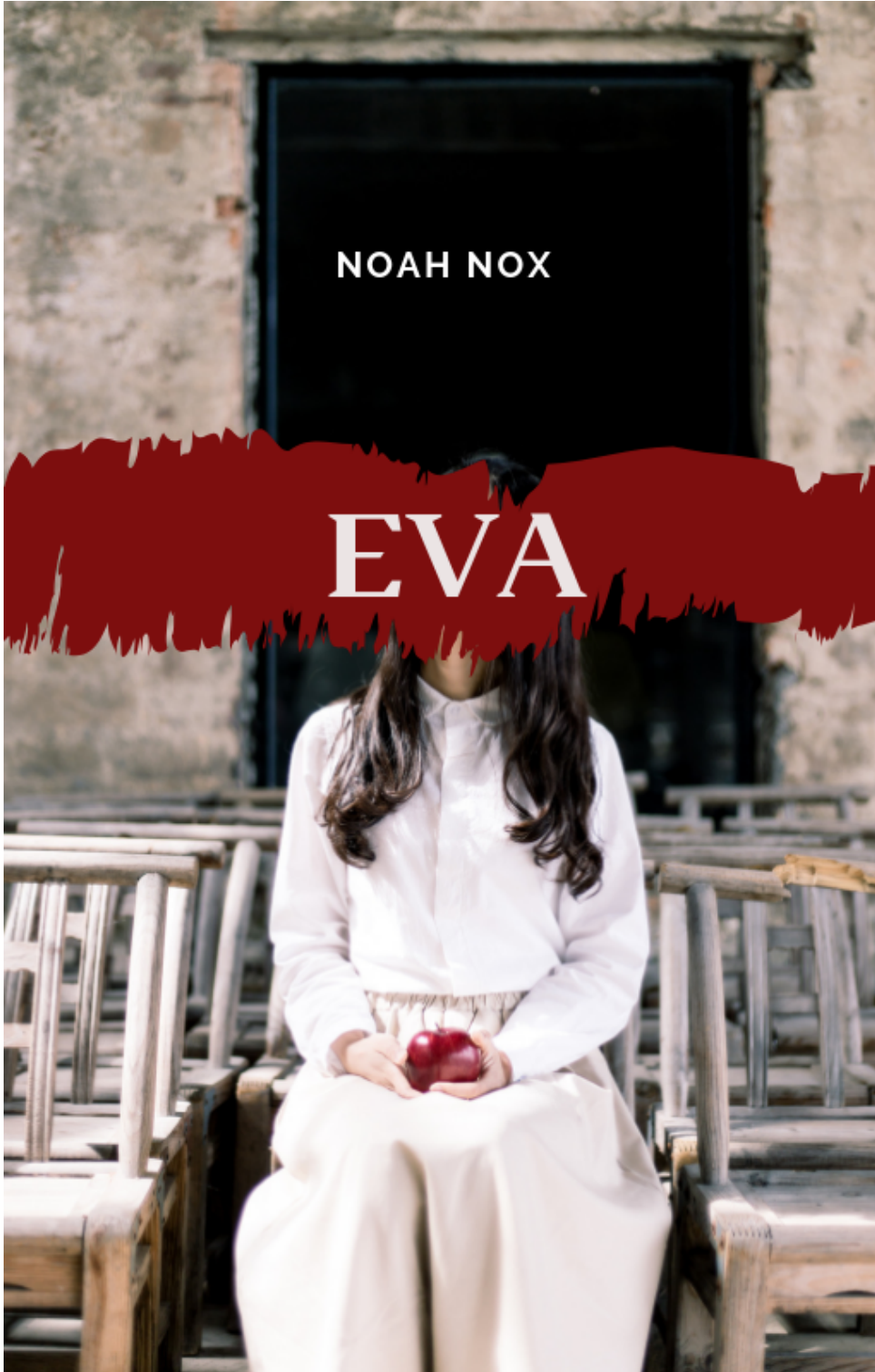


Eva

Noah Nox



Capítulo 1

Siento que siempre estuve destinada a una vida devota, no solo lo supe al darme cuenta que los deseos mundanos no despertaban ningún tipo de interés en mí sino también al reconocer mi nula atracción sexual hacia cualquiera.

Creo que lo único que capto mi interés fue la fe, la abnegación que podía ver en los misioneros, el amor de un padre a un hijo, el sacrificio de una monja. A los 19 decidí que ese era mi camino, podría llevar alegría y ayudar al prójimo, además, con un nombre como "Eva" sentía que siempre estuve destinada a una vida devota.

Lo repetiré una vez más, porque necesito que quede claro: nunca anhele nada, ni sentí pasión, ambición o interés; jamás sentí deseo de nada ni por nadie... hasta que lo conocí a él.

Qué sentido de humor más grande el de Dios, haberlo llamado Adán, aunque yo y todos en la aldea lo llamábamos "Padre". Hace relativamente poco que había llegado.

¿Qué fue lo que llamo mi atención? ¿Qué de él encendió esa llama que no sabía que poseía?

No tenía idea, tal vez era su forma de hablar, siempre cariñosa, comprensiva. A lo mejor fueron sus acciones, como cuidaba de todos, como atendía y velaba de los huérfanos. O simplemente eran esos perfectos labios color carmesí, la forma en la que se movían al hablar, ese color tan llamativo, ese brillo persistente en ellos que me pedían a gritos probarlos.

¡No!

No era una niña hormonal, esa clase de pensamientos solo demostraban mi debilidad y yo no era débil. Tenía todo un capítulo en la biblia que hablaba de la misma situación, sabía que senda era la que no debía seguir.

Llevaba una semana levantándome muy temprano a rezar, necesitaba eso, hablar con mi padre, pedirle consejos, además, el movimiento en la pequeña aldea no empezaba sino hasta después de las 7 AM, despertar temprano permitía que consiguiera la quietud y silencio que solo había podido encontrar en aquella iglesia de caña en medio de aquella aldea casi olvidada por el mundo exterior.

-Hermana Eva?

Con la mano en el corazón voltee a la única puerta.

-Ismael! me diste un susto horrible, que haces aquí tan temprano?

El pequeño niño venía descalzo, vistiendo solo un pantalón roto, con sus ojitos rojos por la falta de sueño.

-Escuché un ruido y vine a ver quién era- mascullo mientras bostezaba.

Alce mis brazos, invitándolo a venir, con una sonrisa se acercó, sentándose en mis piernas, el pobre estaba helado.

-Qué hace usted despierta tan temprano?

Mis mejillas se sonrojaron sin querer, podía sentirlo, también podía sentir un peso en mi corazón.

-No es nada pequeño, cosas de adultos supongo.

-Tiene que ver con el padre Adán?

Exhale sorprendida.

-Que?

-Ya sabe, usted y el padre, se gustan, ¿no? He visto como se miran, así como lo hacen los papas y las mamás.

-Yo...

-Tranquila hermana, no hay nada de malo, es normal, ¿no? Que una mujer y un hombre se gusten.

-Pero... Ismael, entre el padre y yo no puede haber nada, somos religiosos, decidimos entregar nuestros corazones a Dios.

-Oh- su carita repentinamente se puso triste- lo siento hermana, yo creía que el amor era algo bueno.

-Cariño, el amor es algo hermoso, está bien... es solo que...

-Entonces, si es algo bueno... ¿Por qué duda de su cariño? ¿Es por la historia de la biblia? Hermana... no quiero ser maleducado, pero esa historia es de un libro muy antiguo, probablemente ni sea verdad, solo una metáfora, estamos en el siglo XXI, no tiene por qué sentir vergüenza

de su amor.

Con un salto Ismael se bajó de mi regazo, dirigiéndose a la puerta.

-Iré a dormir hermana, usted debe apurarse o no alcanzara a bañarse en el río.

Atontada obedecí, Ismael tenía razón, si iba más tarde habrían personas y no podría bañarme. Camine con mis cosas en la mano, pensando en las palabras del niño; ¿Cuánta verdad había en ellas? Será que habré sobre-analizado todo? Yo aún era muy joven, ¿y si me había apresurado en mis decisiones de vida solo por pensar que nunca llegaría a sentir atracción hacia alguien?

Al llegar al río lo encontré a Adán, desnudo enjuagaba su cuerpo delicadamente, me vio llegar por supuesto, pero no se movió, se quedó quieto, esperando. Con sus ojos fijos a los míos comencé a quitarme la ropa, aquellos labios rojos tenían un poder casi mágico en mí, desnuda camine hacia él, pegando mi cuerpo al suyo, deseando aquellos labios, tan rojos, tan apetecibles.

Ya no había vuelta atrás conmigo, había decidido probar la fruta prohibida de sus labios. Suavemente enrede mis dedos en su cabello, atrayéndolo, posando aliviada mis labios contra los suyos.

Una vez el beso hubo terminado sus manos no se quedaron quietas, recorrían mi cuerpo rincón por rincón, tocando ahí donde nadie había tocado nunca. Yo ya había mordido de la manzana, lo había seducido y ahora él hacía lo mismo, casi con frenesí, con locura.

Adán no pudo notarlo, puesto que se encontraba de espaldas a él, pero yo sí, yo si pude verlo.

Lo vi.

Vi al demonio.

Ahí entre los matorrales, observándonos con una sonrisa retorcida en los labios, tenía la apariencia de un niño pequeño al que yo conocía.

Cuando Adán lo hizo, cuando estuvo dentro de mí, no solo sentí dolor, sino también vergüenza.

Que estúpida, tantos milenios habían pasado y yo seguía cayendo en su trampa.